

pasara los límites de su jurisdicción, les hacia mezclar en negocios que realmente á él pertenecian y á contrariar los proyectos de un hombre tan grande y esclarecido.



CAPITULO XXVI.

Nuevas empresas de Cortés. — Descubre la California. — Su segundo viage á España. — Su muerte.

Detenido Cortés de allí en adelante en su gloriosa carrera, resolvió abrirse otra nueva en la esfera del poder que no se le podia disputar, y en cuyo ejercicio ningun obstáculo debia temer por parte de la envidia y rivalidad de sus enemigos. Habia creido siempre que adelantándose en el golfo de la Florida á lo largo de la costa oriental de la América septentrional, se descubriria algun estrecho que condujese al océano occidental, ó que en el istmo de Darien se encontraria una

comunicacion entre los dos océanos. Pero fueron frustradas sus esperanzas en ambas tentativas, á pesar de haber sido confiadas á comandantes hábiles y á pilotos experimentados. Abandonando entonces Cortés sus vastos proyectos, redujo su ambicion á los limites mas estrechos, empleándose en las expediciones que podian hacerse en los puertos de la Nueva España sobre la mar del sur, en consecuencia organizó muchas escuadras, de las cuales perecieron las unas y volvieron las otras sin haber hecho ningun descubrimiento importante. Acostumbrado el gobernador á ver felizmente terminadas todas sus empresas, atribuyó este mal éxito á la incapacidad de los que fueron destinados á aquel objeto, y por consiguiente se resolvió á ponerse al frente de una nueva flota y se hizo á la vela en 1536.

No habia debilitado el descanso su valor, ni disminuido su ardiente actividad. Despues de haber padecido grandes trabajos y experimentado peligros de toda especie, descubrió Cortés la vasta península de la California y reconoció la mayor parte del golfo que la separa de la Nueva España y que se llama todavia *Mar de Cortés*.

Aumentaba considerablemente este descubrimiento las posesiones de España y hubiera dado al propio tiempo á cualquier otro nuevo brillo, nuevo esplendor, pero Cortés que habia conquistado el rico y poderoso imperio de Méjico, ninguna gloria alcanzó con este intere-

sante hecho, y las grandes esperanzas que habia concebido no fueron del todo satisfechas. Se hallaba en una situacion tristísima, por una parte le causaban disgusto estos funestos resultados, por otra se hallaba altamente indignado por la constante oposicion de sus enemigos con quienes parecia vergonzoso verse obligado á disputar, y ademas estaba resentido profundamente por la poca consideracion y respeto que se le mostraba en un pais, cuya conquista le era debida y que habia regado tantas veces con su sangre.

Aumentábanse cada dia las vejaciones de sus enemigos y su propio resentimiento, el ódio de sus rivales era intolerable y no pudiendo en fin resistir á tamaña humillacion, regresó á España en 1540.

No se presentó esta vez con la pompa y magnificencia que habia desplegado en su primer viaje, ni con la brillante comitiva de que iba seguido entonces, sino como un simple particular que ha experimentado un gran cambio de fortuna. Si bien no confiaba Cortés que le recibiera espléndidamente su soberano, sin embargo estaba léjos de preveer que se hubiese olvidado este monarca de sus servicios. Ninguna sensacion produjo su llegada, fué recibido en la corte de un modo propio á lastimar un corazon que sabe apreciarse; se le prodigarón muchos cumplimientos, muchas cortesias, pero en sentido muy frio, á la manera que se hubiera hecho con un cortesano ordinario ó sin mérito.

Si fué impolitica la conducta del emperador, la de los ministros debia excitar la indignacion de todos los hombres generosos. Trataron á Cortés no solo con indiferencia, sino con cierto desprecio, con cierto desacato. Segun su modo de pensar, obrando de esta suerte favorecian los intereses de su rey, porque ninguna consideracion, decian estos espíritus egoistas, se debe á un hombre que tiene ya una edad muy avanzada y que por consiguiente no puede prestar servicios útiles, siéndole ademas adversa la fortuna.

La auréola de gloria que resplandecia en Cortés empezaba ya á ser eclipsada por la de nuevas conquistas mas gigantescas, si se quiere, y mas importantes hechas en la América del Sur. Pizarro y Almagro descubriendo el Perú habian proporcionado á España un inagotable manantial de riquezas, y estaban preocupados todos los ánimos por los acontecimientos que tenian lugar en esta parte del Nuevo Mundo. Ya no brillaban tanto las hazañas de Cortés y empezaban á ser miradas con cierta indiferencia, y Méjico estaba subyugado y reunido á la corona. Habia pasado el tiempo en que podia reclamar Cortés un poder que no se habia tenido valor para negársele tanto como habia parecido necesario. Para nuevas empresas necesitábanse caudillos jóvenes y cuyo valor no se hubiese debilitado por los años. Que el emperador nada debia esperar de Cortés y que por consiguiente ninguna gracia debia concederle, tales eran las manifestaciones que hacian los

ministros. Triunfaron en fin los enemigos de Cortés, y bajo pretesto de hacer un gran servicio á su rey, lograron que fuese destituido un hombre cuya pérdida habian jurado desde largo tiempo.

Empleó Cortés los últimos años de su vida en largas é inútiles instancias cerca de los ministros del consejo de las Indias, pero no fueron escuchados sus clamores, ni tenido en consideracion el recuerdo que de sus servicios pasados hacia. Rechazaron constantemente sus justas demandas las eminentes personas que estaban al frente de los negocios de América, y á pesar de todas las razones y argumentos que espuso, no le fué posible volver á encargarse del mando, viendo arrebatado el fruto de sus hazañas, de sus heroicos esfuerzos por cortesanos sin mérito, por cortesanos envidiosos. En su edad madura hubiera soportado los desdenes, los desprecios de una corte ingrata, si no con indiferencia, al menos con resignacion, con valor; pero los años habian amortiguado el fuego de la juventud, y las continuas humillaciones que cada dia sufría contribuyeron á abreviar la carrera de una vida sembrada de disgustos y que se hallaba ya debilitada por extraordinarias fatigas. En los últimos dias de su existencia, cuando hubiera debido disfrutar de un descanso que á costa de su sangre habia comprado, era triste, era cruel ver al conquistador de Méjico aguardar en las antecámaras el favor de una audiencia que con harto trabajo

habia solicitado. Cuéntase que pasó un dia por en medio de la multitud para acercarse al carruaje del emperador y que oyó como este fingiendo no conocerle preguntó en alta voz, quien era aquel hombre. « Decid al emperador, repuso Cortés, que le ha dado este hombre mas reinos que ciudades sus padres. » La contestacion era arrogante, pero no podia captarse con ella la benevolencia de Cárlos Quinto.

Despues de siete años de una existencia tan desgraciada, tan llena de pesares, rasgó la ingratitude ese noble y magnánimo corazon; murió Cortés el 2 de diciembre de 1547, contando la edad de 62 años. Espiró la envidia sobre su tumba; hiciéronsele brillantes y pomposas exéquias y conducidos sus restos mortales á Méjico fueron depositados en una capilla del hospital de Jesus que en vida habia hecho construir.

Estuvo casado Cortés dos veces, la primera en Cuba con doña Catalina Suarez que falleció poco tiempo despues de la toma de Méjico. La segunda vez desposóse con la hermana del duque de Bejar y tuvo de ella un hijo que heredó sus títulos y honores, pero al cabo de cuatro generaciones se perdió el nombre de Cortés por falta de descendientes varones.

Tuvo Cortés otro hijo cuya suerte fué por cierto muy desdichada, el cual debió su existencia á la célebre Marina; si bien rechaza la religion semejantes enlaces, sin embargo no debe pasarlos la historia en silencio. Parecia haber

heredado este hijo las brillantes cualidades de su ilustre padre; en consideracion á la nobleza de su madre se le concedió el hábito de caballero de San Jaime. Durante su permanencia en Méjico fué implicado injustamente en una revolucion que estalló en 1568, y sus jueces olvidando el nombre de su padre tuvieron la crueldad de dejarlo perecer en medio de los tormentos. Casóse con doña Marina un caballero castellano y fijó su morada en Méjico, de cuya ciudad habia sido nombrado correjidor el intérprete Aguilar.

Sobrevivió Cortés casi á todos sus mas caros amigos. Perecieron antes de la toma de Méjico Velazquez de Leon, Morla, Escalante y otros. Hemos contado ya el prematuro fin de Sandoval y el triste resultado de la rebelion de Olid; Alvarado tuvo aun una muerte mas terrible, mas desastrosa, pues habiéndole arrojado su caballo en un profundo precipicio, pereció en él y se halló su cadáver hecho pedazos.

Es la historia de la vida de Cortés un tejido de hechos tan estraordinarios y gloriosos, que parece haber sido inventada por la brillante imaginacion de los escritores de novelas y de libros de caballeria. La destruccion de su flota en Veracruz, su entrada en Méjico, la prision del monarca Motezuma en medio de la capital, la derrota de Narvaez, la victoria de Otumba, el sitio de Méjico y otras mil y mil gloriosas hazañas son por cierto acontecimientos maravillosos y casi sin

ejemplo. Entre los hombres que han figurado en la carrera de las armas, pocos han poseído en tan alto grado como Cortés la sabiduría en los consejos, la facilidad en concebir ó preparar el plan de una empresa y el talento necesario para ponerlo en ejecución. Era hábil en las negociaciones, poseía un tacto notable para penetrar en el corazón del hombre, conocer sus debilidades y valerse de ellas para alcanzar sus fines convenientes, y estaba dotado además de una elocuencia natural y de una admirable actividad de espíritu. Tenía mas instrucción y conocimientos que ninguno de los otros conquistadores del Nuevo Mundo, y para convencerse de ello, no hay mas que leer las mismas relaciones, cartas y despachos que sobre su expedición publicó. Según dice Robertson, juez competente, «hacen honor estos escritos al talento de Cortés.»

En sus relaciones sociales era Cortés también una persona eminente y distinguida. Por su noble, generoso y magnánimo corazón, por su afable trato, por sus finos modales se atraía el afecto y amistad de todos. Algunos le han acusado de haber sido bastante duro, bastante cruel, pero esta imputación es fácil desvanecerla, porque si en algunas circunstancias, en ciertas ocasiones hizo derramar sangre de los indios, debemos confesar que se vió obligado á ello por una imperiosa necesidad, ó para ejercer represalias merecidas. En muchas acciones de su vida ma-

nifestó, es cierto, una terrible severidad, pero reflexionemos, hagámonos cargo de que tenía que luchar con enemigos belicosos, feroces é implacables. Pocos héroes, pocos hombres grandes nos presenta la historia, que no ofrezca su vida algunas manchas que ofuscan en parte su gloria, pero cuando quedan recompensadas estas por otros hechos memorables y que han traído inmensos beneficios, cuando han sido á veces hijas de las circunstancias, conviene echarlas un velo y condenarlas al eterno olvido.

De todos modos, el nombre de Cortés brillará eternamente entre los conquistadores del Nuevo Mundo. Su talento, sus felices disposiciones, sus grandes conocimientos militares, su valor, su gigantesca expedición de Méjico, todas sus victorias y hazañas en fin rodean su vida de una aureola de gloria que nada jamás podrá oscurecer. Y sin embargo, ¿cuál fué la recompensa de un mérito tan eminente, de tantos y tan esclarecidos servicios? La ingratitud y el desprecio. Trató Carlos Quinto á Cortés, como había tratado Fernando el Católico á Cristóbal Colon. Tanto aquel como este fueron rechazados, fueron menospreciados por reyes que por vanos motivos de temor ó de envidia, no se atrevieron á confiar á estos hombres superiores el ejercicio de un poder que ellos mismos habían conquistado.

Apenas Cortés abandonado de sus compañeros y víctima de la ingratitud de su monarca ha-

bia bajado al sepulcro, cuando se le tributó tardía justicia, y la posteridad, entre los hombres grandes que hacen honor á España, ha colocado y colocará siempre en primer lugar al valiente é intrépido conquistador de Méjico (32).

FIN.

NOTAS DEL TRADUCTOR.

(1) No solo estos bárbaros y supersticiosos sacrificaban á los infelices que caian en sus manos casualmente, digámoslo así, sino que ponian en juego todo linage de medios para proporcionarse hombres con el fin de inmolarlos á sus divinidades. Segun afirman varios autores que han escrito la historia de aquel pais y entre ellos Herrera, cuando los sacerdotes no tenian persona alguna, iban á encontrar á los reyes diciéndoles que los ídolos se morian de hambre, que por consiguiente se acordasen de ellos: en seguida los monarcas se avisaban unos á otros, manifestando que los dioses pedian de comer y que era por tanto necesario disponer sus ejércitos para ir á la guerra. Puestos en el campo batallaban encarnizadamente, no para matarse, sino para preñerse unos á otros á fin de traer á las falsas imágenes de sus cultos hombres vivos para que se alimentaran. ¡A tan alto grado llegaba la ceguedad de estos pueblos feroces y salvages!